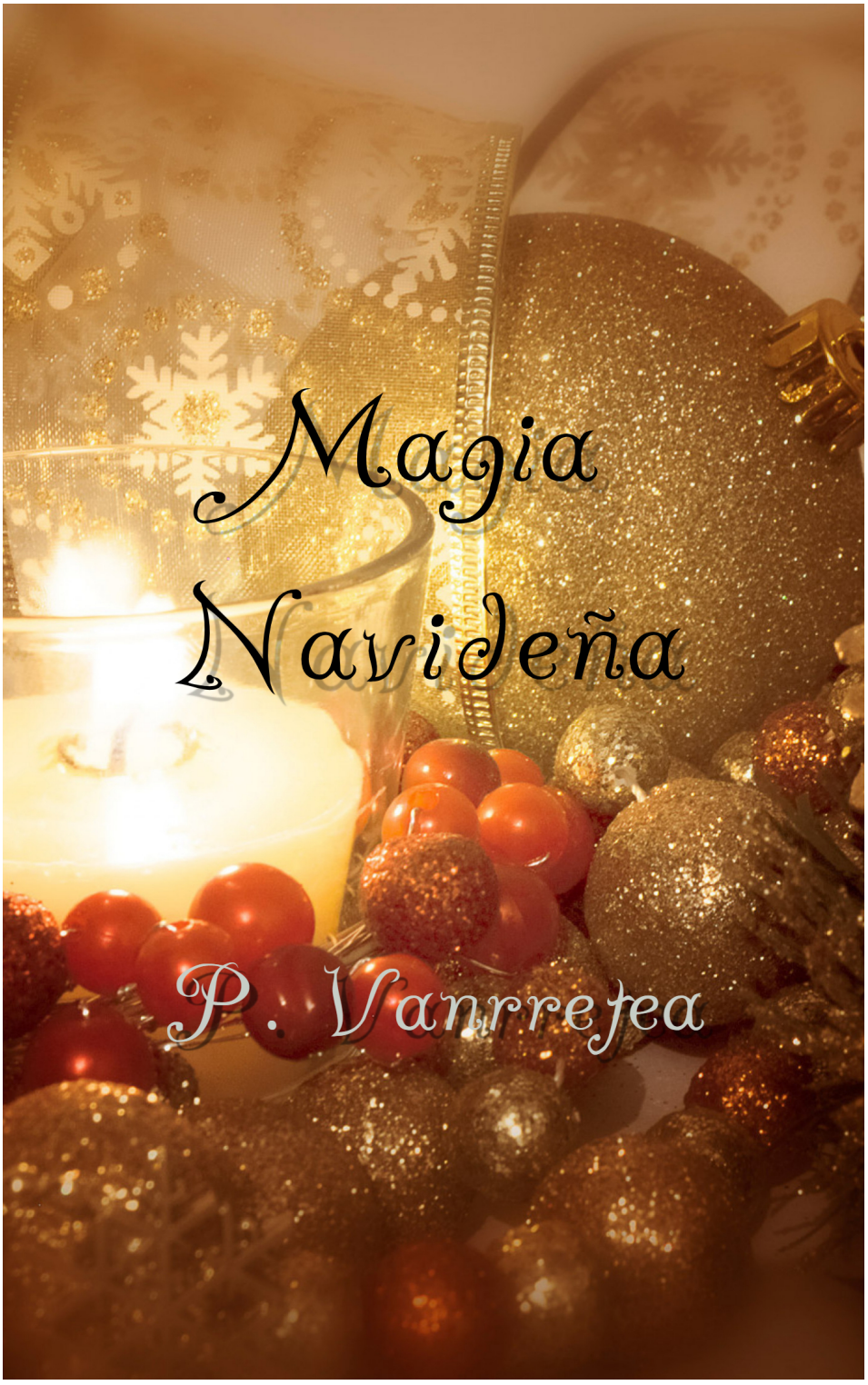
# Magia Navideña (Editado)

P.Vanrretea (Annisa)



# Capítulo 1

**Magia Navideña**

Era 24 de diciembre y la pequeña Estefanía estaba acostada en su cama un tanto molesta. Cada año esperaba con ansias poder ver a Santa Claus bajar por la chimenea, pero siempre se quedaba dormida en el proceso, hasta que ese año decidió que no le ocurriría. Lamentablemente, no contaba con la presencia de su bisabuela Rosa. A las once de la noche, ya estaba acostada mientras que su "nana", como solía llamarla ella, se sentaba en una butaca de cuero junto a su cama.

Nana era una mujer mayor de 80 años, baja de estatura, pelo blanco como la nieve y usaba lentes grandes y dorados. Aquella navidad, y debido a su estado de salud, le había prometido a su nieta que pasaría la navidad con su familia. A pesar de estar un poco reticente de aceptar dicha invitación, olvidó por completo sus miedos al ver a su bisnieta Estefanía. Su vitalidad y energía era un bálsamo de aire fresco para su ya recorrida vida. Tenía que reconocer que le fascinaba estar con la pequeña, aunque a veces fuera un verdadero tornado, pero ¿Qué más se le puede pedir a una niña de 5 años?

—No me quiero acostar —Estefanía tenía su ceño fruncido mientras dejaba que su bis abuelita la acobijara.

—No seas mañosa, ya todo el mundo se está yendo a dormir.

—Pero yo quería ver a Santa —la pequeña hizo un mohín que le causó gracia.

—¿Quieres verlo a él o a los regalos que te traerá?

Estefanía pareció pensar en la respuesta. Era verdad que tenía una curiosidad enorme por verlo en persona, más aún cuando nadie lo había visto en vivo y en directo. La única referencia que tenía era en la televisión por dibujos animados y en el comercio previo a noche buena; pero, por el otro lado, no podía negar que la idea de abrir regalos le atraía de sobremanera…

—No niego que me gusta recibir regalos… pero también quiero verlo en persona.

Nana soltó una carcajada al ver la cara de obstinación de Estefanía, era igual a su abuela.

—Pues… tal vez no sea buena idea que veas a Santa.

—¿Por qué?

Para responder a la pregunta de la pequeña, decidió contestar con otra pregunta.

—¿Cómo es que Santa es capaz de recorrer todo el mundo dejando obsequios?

—Eso es fácil nana, con magia.

—¿Y cómo se produce la magia?

Estefanía frunció el ceño mientras intentaba pensar en la pregunta que le había hecho nana, pero no se le ocurrió nada. Al final decidió responder con sinceridad.

—Pues… no lo sé. ¿Cómo lo hace?

—Solo hay que creer.

—¿Solo eso? ¿Creer?

—Sí, pero no pienses que es una tarea muy sencilla. Muchas personas, cuando comienzan a crecer, dejan de creer en ciertas cosas; y eso produce que la magia de Santa se debilite.

—Pero… si él se mostrara ante todos, las personas podrían creer en él.

—Puede ser, pero la magia no funciona así. Para que la magia se produzca no tienes que verla, sino sentirla. Por eso él aparece cuando estas durmiendo.

—Entonces… ¿En verdad tengo que dormir para que él pueda recorrer el mundo entero?

—Así es.

—Pero no tengo sueño.

—No te preocupes por aquello, te contaré una historia para ayudarte a que creas aún más en la magia, y de paso puedas dormir tranquila.

—¿En serio nana?

—Claro que sí.

Nana se acercó al interruptor que había en la pared para apagar las luces de la habitación. Solo dejó encendida una pequeña lámpara que había junto a la cama de Estefanía sobre el velador. Volvió a sentarse en la butaca que había estado usando. Mientras se acomodaba, vio por la ventana de la habitación como caía una fina capa de nieve. Inspirándose en el clima, comenzó a contarle la historia a su bisnieta.

—Hace muchos años, había una pequeña niña un poco más grande que tú que estaba sola caminando por las desoladas calles una noche igual a esta. Desde que era una bebé, pasó su vida entera en un orfanato donde esperaba junto a todos los niños poder ser adoptados por una familia. Lamentablemente, la pequeña fue creciendo y las oportunidades se volvieron escazas. Los futuros papás que llegaban, siempre optaban por los más pequeños e incluso bebés. Ella no se explicaba cómo no tuvo una familia, considerando que llegó a aquel lugar siendo un bebé.

Vivir en un lugar como aquel, las posibilidades de creer en la magia se agotaban cada año, puesto que los pequeños solo tenían un solo deseo; lograr tener una familia. Para ellos, los regalos materiales era algo secundario. Además, ni siquiera recibieran uno, porque ni en sus cumpleaños eran celebrados, sencillamente recibían una tarjeta de felicitaciones.

Cansada de vivir en aquel lugar, donde a pesar de tener una cama y un techo, decidió alejarse. Tal vez en las calles encontraría un lugar mejor. Con solo 7 años salió del orfanato una navidad para no volver jamás, al fin y al cabo, creer en la magia no le había valido de nada.

No supo cuántas horas estuvo caminando en la intemperie. Con cada paso que daba sentía como su cuerpo se iba congelando más y más. La nieve que había caído los días anteriores se había congelado en el suelo, haciendo que estuviera resbaloso. Como era escaza la ropa que tenía en el orfanato, no era mucho lo que la protegía del frio. Cada minuto que pasaba, su estómago gruñía a causa del hambre, pero estaba segura que, si volvía, no la recibirían con los brazos abiertos. Además, ya había tomado una decisión, no le queda de otra que continuar hacia adelante con su plan… sentía que ya nadie la quería.

Cansada y sin un lugar a donde ir, no le quedó más remedio que continuar caminando hasta encontrar uno donde descansar. Gracias a la época, todas las calles estaban iluminadas con grandes luces de colores y árboles navideños. Cada escaparte de las tiendas por las que pasaba, tenía

letreros luminosos donde deseaban a cada quien leyera una feliz navidad.

La pequeña, quien no conocía mucho de las fiestas ni del sentido que se les daba, no le prestó mucha atención. Por el momento, necesitaba sobrevivir aquella noche. En ese instante, escuchó el sonido de unas campanas a los lejos. Era una melodía hermosa, pero melancólica a la vez. Por su lado pasó un grupo de personas que mencionaron algo sobre una misa. Curiosa, decidió seguirlos.

No le llevó mucho tiempo descubrir que el sonido que había escuchado se trataba de las campanas de un gran edificio, que en la cima del techo tenía una cruz. Al entrar a la iglesia, se dio cuenta que estaba repleta de personas. Adultos, adolescentes y niños estaban sentados en unas bancas de madera escuchando a un hombre vestido con una sonata blanca que les hablaba. Junto al altar había unas estatuas que a la distancia no podía ver detalladamente. Pero si se dio cuenta que se trataba de personas y de algunos animales.

Como la iglesia era muy grande y había muchas personas, la niña decidió quedarse allí y ver que ocurría. Gracias al calor humano que se desprendía de lugar, poco a poco comenzó a relajarse y a dejar de sentir frio. Al ir vestida de forma rañosa, todo el mundo, que había notado su presencia, la mirada de reojo. Nadie se podía explicar cómo unos padres eran capaces de vestir a de esa forma a una pequeña, considerando el clima que se estaba desatando afuera. No obstante, nadie dijo ni expresó nada en voz alta.

Cuando terminó la misa, la niña permaneció en el mismo lugar mientras las personas abandonaban felices el lugar. La verdad, es que la pequeña no logró comprender absolutamente nada de lo que había presenciado. Jamás había visto algo similar o escuchado, por lo que muerta de la curiosidad decidió esperar a que todos se fueran para poder ir a preguntarle a la persona que habló durante esa hora.

El sacerdote, despidió a todos sus feligreses mientras se dirigían a sus casas. Aquel año en particular, estaba contento. La iglesia estuvo llena de público, por lo que aquello le hacía muy feliz. Cuando se dio la vuelta, descubrió a una pequeña niña que estaba frente al pesebre observándolo con curiosidad. Extrañado por su presencia, volvió a abrir la puerta de la iglesia. Estaba seguro que sus padres volverían a buscarla cuando se dieran cuenta de que la pequeña no iba a su lado.

—¿Te gusta el pesebre? —preguntó.

La niña solo se encogió de hombros, como si no le importara.

—¿Nunca habías visto uno? —Volvió a preguntar el cura.

—No. ¿Qué es un pesebre?

—Esto es un pesebre. —indicó el sacerdote con su dedo. —Recrea el momento del nacimiento de Jesús.

—¿El niño Dios?

—Sí —sonrió. —Muchos lo llaman así.

—¿Y por qué hicieron todo esto esta noche?

—Porque hoy es navidad. Se celebra un año más desde su nacimiento.

—Por eso afuera hay muchas luces.

—Exacto.

—¿Y cómo fue?

El sacerdote veía en los ojos de la pequeña una gran emoción por querer saber la historia. Así que comenzó a relatarle como María y José llegaron a Belén donde la primera dio a luz a su único hijo, Jesús, en un establo rodeada de animales de granja.

—¿Y esos señores? ¿Quiénes son? —la niña apuntó a los tres reyes que llevaban regalos para el recién nacido.

—Son los reyes magos. Fueron enviados para llevarle regalos al bebé. Viajaron muchos días guiados por una estrella en cielo.

—¿Algo así como lo que hace Santa?

El sacerdote soltó una carcajada ante la ocurrencia de la niña. Jamás había escuchado que alguien comparara a los reyes magos con Santa Claus, pero supuso que para alguien tan pequeño cono ella era lo mismo.

—Sí, algo parecido. Esta noche lo recibirás cuando vaya a tu casa.

—No. Él jamás ha ido a mi casa… Es mejor que me vaya.

El sacerdote se quedó mirando como la pequeña se alejaba con la cabeza agacha, sin esperar una respuesta por su parte. Quedó muy intrigado con lo que había escuchado. Por la vestimenta que llevaba estaba seguro que era pobre y que lo más probable era que su familia no

tuviera dinero. Con un poco de tristeza dejó que siguiera su camino.

La niña se alejó de la iglesia hasta llegar a un parque que estaba a una cuadra de la iglesia. A pesar del frio que hacía y de la época, la noche estaba complemente despejada. Si concentraba su mirada en el cielo oscuro era capaz de ver algunas estrellas en el cielo. Mientas las observaba, recordaba la historia que había escuchado del padre. Tal vez Santa era enviado por los reyes magos a todos los bebés para darles obsequios. Eso explicaría porque jamás fue adoptada y los más pequeños sí.

"A medida que uno crece, ya no puede recibir regalos", pensó.

Estuvo muchas horas sentada en aquel lugar pensando en lo que había sido su vida en el orfanato; en cuantas navidades todos los niños hablaban de Santa Claus y de su pequeño y gran deseo secreto que siempre pedía mentalmente, pero que se negaba a decir en voz alta. Ahora que se encontraba ahí, sola en aquel parque, sintió el peso de su decisión en sus hombros. Lentamente, las lágrimas comenzaron a empaparle su rostro.

En ese momento, sintió la mano de una persona en su hombro. Asustada se levantó de la banca apresuradamente; lista para echarse a correr si era necesario, pero cuando vio que se trataba del cura de la iglesia, se quedó estática.

—Estuve a punto de darme por vencido, cuando decidí venir a probar suerte en este lugar. Y lo he tenido, te encontré.

—¿Por qué me estaba buscando?

—Cuando te fuiste me dejaste muy intrigado por tu actuar. Jamás pensé que una niña tan pequeña como tú se iría así sin más. Pero mi sorpresa fue mayor cuando varias personas llegaron a preguntarme si había visto a una pequeña con tus características. Dijeron que te habías escapado del orfanato… ¿Por qué lo hiciste?

La pequeña se encogió de hombros a modo de respuesta. No quería contarle sus motivos.

—Sabes… en el orfanato están muy tristes y preocupados. Además, desaparecer en un día como hoy…

—Para los niños como nosotros no vale la navidad. Santa siempre se olvida de nosotros.

El cura la observó triste. Era desgarrador ver como una niña de 7 años, perdió todo el espíritu navideño por culpa de las circunstancias de la vida.

Nadie merecía sufrir de aquella manera.

—Ven, siéntate. Necesito explicarte algo.

No muy convencida de que era una buena idea, la niña decidió hacerle caso.

—Santa no se olvida de los niños, pero a veces necesita magia para poder trasladarse por todo el mundo en una sola noche. Cada año es más difícil.

—Entonces, ¿Por culpa de la poca magia que posee, él jamás se ha aparecido en el orfanato?

—Y no solo en ese lugar, sino que en varias partes del mundo. Es verdad que hace feliz a muchos niños dándole regalos materiales, pero eso no es lo importante.

—¿Y qué es?

—Compartir con todos y brindar a amor desinteresadamente. Eso hace que la magia crezca. Eso es lo que hicieron los reyes magos. Si bien le entregaron regalos al niño Dios, no fue lo material lo más importante, sino el gesto de admiración y de amor.

—¿Cómo es que Santa recorre el mundo en una sola noche?

—Al igual que los reyes, es guiado por una estrella.

—¿Cómo esa?

La pequeña apuntó a un gran lucero que brillaba solitariamente. Desde que se había puesto a mirar el cielo lo localizó y no dejó de observarlo.

—Sí, como ese.

—Y si yo creo en Santa… ¿Él podrá venir a verme alguna vez?

—Claro que sí; y con todas tus fuerzas. Es la única manera de hacerle recargar la magia cada año para que pueda llegar a todos los lugares, pero no olvides que su magia más que la de entregar regalos es la de unir, brindar amor y perdón.

—Tal vez, a mí no me ha visitado porque en el fondo de mi corazón no he podido perdonar ni comprender por qué me abandonó mi familia.

—Rosita, tienes un alma pura, deja que la magia de esta navidad llene tu

corazón.

La pequeña Rosita, quedó sorprendida de escuchar al sacerdote decir su nombre, puesto que ella jamás lo había mencionado. En ese momento, tomó la decisión de ir con el cura a la iglesia para pasar la noche. Por la mañana temprano volvería al orfanato.

—¿Y qué ocurrió con ella, nana? —preguntó Estefanía, quien estaba pendiente de la historia.

—Al día siguiente, volvió al orfanato y contó su historia a cada niño que llegaba. Un mes después, una familia llegó para adoptarla.

—¡Se cumplió su deseo de navidad!

—Sí, tardó en llegar, pero se cumplió. Cada año, se acercaba al lugar donde pasó sus primeros años de vida para ayudar a cada niño que llegaba a creer… Entonces pequeña, ¿Qué piensas hacer?

—Creo que voy a dormir ahora y a soñar. Los sueños también traen magia ¿Cierto?

—Así es.

Nana se acercó a Estefanía para darle el beso de las buenas noches. Apagó la lámpara que estaba encendida y salió de la habitación. Debido a lo tarde que era, todo el mundo estaba dormido. Feliz por la reacción de su bisnieta se dirigió a su habitación. Como cada año desde que era una niña, agradeció por momento de felicidad que ha vivido desde que mantuvo la conversación con aquel sacerdote en la víspera de navidad.

FIN